

Cornelia Rimpau

LA HERENCIA
DE LOS
SAALBERG

Una saga familiar con un oscuro secreto

Traducción:

MARÍA JOSÉ DíEZ PÉREZ



MAEVA

—¿Conoces la casa?
—Sí.
—¿Y? ¿Te gusta?
—Es preciosa.
—Ahí viviremos. Es mía.

★ ★ ★

—Entonces, ¿vas a impugnar el testamento de papá? —preguntó Paul.

—No será necesario, como tampoco lo es que dé con Ben Saalberg. El testamento de papá es nulo per se. ¿Lo habéis entendido? Nulo.

★ ★ ★

—¿Dónde acabará esto, Rosa?
—[...] Si es preciso, en los tribunales: Saalberg contra Saalberg.

Capítulo 1

Era un caluroso mediodía de junio y la brillante calima dorada inundaba los prados verdes. Las águilas ratoneras cerraban los ojos, los ratones permanecían inmóviles y las ramas se inclinaban sobre su propia sombra.

Paul Saalberg no reparaba en nada de todo esto. Estaba en un atasco en la A 7 de Hamburgo, dirección Hanover, antes de llegar al cruce de las autopistas, y la espera lo ponía de mal humor.

Ahora cada segundo contaba. Tamborileó con los dedos sobre el volante, clavó la vista en el indicador digital de temperatura exterior, situado sobre la dirección, que marcaba 31 grados, miró fijamente la sucia trasera del camión amarillo que tenía delante a través del parabrisas tintado de su coche verde oscuro y esperó en tensión a que se produjera algún indicio de movimiento en las anchas ruedas dobles. Nada.

Una mariquita aterrizó de sopetón en el negro limpiaparabrisas, giró a toda prisa a la izquierda, se detuvo un instante y voló hacia el retrovisor izquierdo. Paul bajó la ventanilla e intentó que el insecto, de color rojo vivo, se posara en su dedo, pero no lo logró de inmediato. Tan sólo notó el inquieto cosquilleo en la yema del dedo y contó tres puntitos en el curvado lomo. Finalmente, la mariquita estaba en su dedo índice. Paul metió dentro el brazo y observó el diminuto insecto en el dorso de su mano, que elevó las finísimas alas para alzar el vuelo.

La hilera de vehículos empezó a moverse.

No tardó en seguir avanzando. Iba por el carril izquierdo, como de costumbre.

A diferencia de otros conductores él tenía derecho a hacerlo, en su opinión. Su coche era rápido, él conducía con prudencia, fluidez, inteligencia, sin agresividad. Pero ese viernes a mediodía todo esto no le servía de nada. De todas formas llegaría demasiado tarde.

Le habría gustado estar en casa a las dos, y ahora tendría que darse prisa para llegar a la iglesia al menos a las tres.

Los coches pasaban a toda velocidad, pegados los unos a los otros. A la derecha desfilaban las anchas autocaravanas de los escandinavos, cual ejército de uniforme beis camino de las maniobras estivales y, entremedias, autocares de turistas de toda la gama de precios, Trabis en toda clase de colores pastel, camiones de todos los tamaños. Los demás vehículos circulaban por el carril izquierdo. La radio emitía las noticias sobre el estado del tráfico: accidentes, embotellamientos, una caravana averiada. Elevado número de desplazamientos por carretera en toda la zona de emisión. El tráfico lento ante el cruce Hanover-Este recupera la normalidad poco a poco. Para terminar, la hora: son las 14.33.

Puede que aún llegue a tiempo, pensó Paul Saalberg. Lo mejor sería que me hubiese quedado en casa. La agotadora discusión con Carolin ayer por la noche, la inútil conversación telefónica hoy por la mañana, tan interminable como absurda.

Así y todo él tenía más que claro que no la traería. Al fin y al cabo ella aún estaba casada, y no podían aparecer juntos en una celebración familiar, algo que para Paul era evidente. Pero no para Carolin.

Ella lo quería todo: sus hijos, su marido, su clase y un novio. No es tan fácil separarlo todo, tienes que entenderlo, Paul.

Pero él no quería oír hablar más de comprensión. Tal vez no estuviera mal lo de irse un año a Londres. Aceleró. El límite de velocidad era de 120 km/h. Delante tenía un Opel pequeño. Rojo, claro. El conductor observaba escrupulosamente la norma,

sentado ante el volante como un robot. Con sombrero a pesar del calor, aunque fuese uno ligero de paja.

Delante los coches avanzaban disparados. Un autobús Volkswagen se pasó al carril izquierdo. Un autobús ecológico que estaba para el desguace, color amarillo servicio postal, con el arco iris de Greenpeace y la leyenda «¿Energía nuclear? ¡No, gracias!» pintados en la parte posterior. Echaba humo y apestaba como cinco Trabis juntos. En el asiento trasero había un perro, grande como un ternero, que iba con la lengua fuera junto a la ventanilla entreabierta.

Paul se desabrochó el botón del cuello de la camisa y se aflojó la corbata negra.

Afortunadamente el autobús se metió en el área de servicio. Paul se pasó la mano derecha por el cabello rubio ceniza, respiró hondo y, mientras volvía a acelerar, miró a un lado. Barba cerrada al volante, brazos cubiertos de vello negro, camiseta lila. La chica de detrás era increíblemente guapa. Le guiñó un ojo, y él devolvió el guiño. Cabello castaño recogido en la nuca, ojos claros. Carolin tenía los ojos marrones oscuros. Seguro que la chica del bus también estaba casada, probablemente incluso con el gorila que conducía. Los tipos sudados con camiseta sin mangas no le gustaban nada.

Ahora la autopista era de tres carriles. Unos cuantos locos adelantaban por el carril central. Siempre los mismos idiotas. Ojalá llegase a tiempo, al menos durante el prelude de órgano.

La música de la radio lo estaba volviendo loco. El DJ debía cambiar de trabajo. Esos jóvenes tendrían que perseguir la armonía, en lugar de incitarlo a uno a estrellarse contra el pilar del puente más cercano con esos ritmos estridentes. Apagó la radio.

Poco después de salir de la autopista en Anderten miró el reloj.

«¡Hijo mío! ¡Las 14.56!, una hora tarde.» Hace ocho días ésta habría sido la acogida que le habrían dispensado en casa. Sonrió un instante.

Ser puntual y respetar los horarios, dos temas de los que se había hablado largo y tendido.

14.56. Viernes, 22 de junio de 1990, vigesimoquinta semana.
Paul Saalberg iba camino del entierro de su padre.

Joachim Saalberg falleció la noche previa al solsticio de verano, una noche clara, sin haber reparado en la magnífica tarde de finales de junio. Después de cenar estuvo leyendo los periódicos en el despacho, como de costumbre. A tono con el mobiliario de la estancia le habían encargado un atril de caoba que él había dispuesto sobre el escritorio para poder leer fácilmente, erguido, el periódico bajo el concentrado haz de luz de la lámpara. Para él todo lo demás eran extravagancias, un trabajo ímprobo con los músculos de los brazos fatigados y el cuello rígido en uno de los sillones, con demasiado fondo, cuya adquisición de todos modos él no había aprobado.

Semejantes muebles se hallaban en la pequeña sala de estar de su mujer. Helen tenía quince años menos que él. Dicha salita estaba separada de su despacho por un gran salón y, como no podía ser de otra manera, Paul había convencido a Helen de que comprara los sillones. Él nunca había tenido en mucha estima los gustos de su hijo menor en materia de muebles. En primer lugar y, sobre todo, por principios: los tejidos claros y delicados no eran prácticos, y los asientos bajos eran malos para mantener la postura. En segundo lugar, hacía tiempo que tenía reuma en las articulaciones, y le resultaba muy doloroso levantarse de un asiento profundo. Pero nunca había dicho nada al respecto. Como ex soldado, padre, director de la Saalberg AG se empeñaba en observar una disciplina férrea.

Un grave infarto de miocardio lo había obligado a poner la presidencia de la empresa en manos de su hijo mayor, Georg. Demasiado tarde para su salud, pero no para la empresa, según decían las malas lenguas. Por aquel entonces tenía setenta y seis años. Con ochenta y uno había sobrevivido a un segundo ataque

y, desde entonces, cumplido a rajatabla todos los preceptos y las prohibiciones de su médico. Sin embargo, el descanso prescrito le había hecho sentir con fuerza la definitiva pérdida de influencia y poder.

Y aunque dar largos paseos con regularidad por los caminos de los parques Tiergarten y Annapark aligeraba un tanto el impuesto tedio de los días, las semanas y los meses, sus pensamientos le impedían cada vez menos recorrer senderos tortuosos. En él había hecho mella una agitación que intranquilizó a Helen muchas semanas antes de su muerte.

Rompiendo con todas las costumbres, empezó a vagar sin orden ni concierto por la casa y el jardín. Uno se topaba con él en la escalera del sótano, en las que fueran las habitaciones de los niños y en los cuartos de los invitados, incluso en la cocina. Su figura menuda, de estatura media, con el traje marrón claro permanecía durante minutos junto a la ventana del despacho cuando Helen arreglaba los arriates. La observaba sin sonreír o hacerle alguna señal como antes. Ella había reparado en los ademanes sobresaltados de sus cuidadas manos, casi femeninas, cuando lo pillaban desprevenido, en un inusitado balanceo de los pequeños pies, siempre calzados con elegantes zapatos, cuando estaban sentados juntos, en una extraña inquietud en su reservado rostro, enmarcado por el cabello liso y blanco, dividido por una precisa raya.

A veces ella pensaba que le quería decir algo y después, en cuestión de segundos, se lo pensaba mejor.

Su médico, al que Helen, preocupada, puso al corriente, no constató ningún cambio en su estado, y ella se dejó convencer de buena gana de que una agitación pasajera podía deberse al tiempo y a la estación.

Cuando, esa última tarde, él entró en su despacho para leer una hora, Helen había salido a la terraza. Antes tuvo que prometerle que entraría enseguida y se sentaría cerca de él para que pudiese verla o al menos oírla. Ella quería retirar los cojines de las sillas, y en primer lugar se había dirigido hacia una silla de

mimbre deslucida, de respaldo alto, que había sacado al césped, junto a unos rosales, para disfrutar del sol de última hora de la tarde.

Joachim Saalberg corrió las cortinas de terciopelo verde oscuro forradas, ya que no le gustaba la mezcla de crepúsculo y luz eléctrica. Pero primero vio que la figura, vestida de claro, de Helen se inclinaba sobre aquel arriate al cual, como a la esmeralda que lucía en la mano izquierda, profesaba un amor especial. Al igual que sucediera hacía cuarenta, treinta, veinte años, temió ver ese brillo en sus ojos que nada tenía que ver con él. Al igual que infinidad de veces antes, reprimió el deseo de acudir a su encuentro cuando estaba allí. Las rosas crecían en el arriate con nombres sonoros y colores como albaricoque y púrpura, canela y oro. Vio también que se enderezaba, se situaba tras el respaldo de la silla de mimbre y miraba hacia la casa, el cojín ya en la mano; que se sentaba, primero vacilante, erguida, la cabeza un tanto ladeada, la mano derecha en el alto brazo de la silla; que se retrepaba de pronto al cabo de unos segundos, como si alguien tirara de ella.

Joachim Saalberg había observado a su mujer a menudo. Durante toda una vida. Sus ojos la seguían con orgullo y se clavaban celosos en aquellos que no podían apartar la vista de ella. Como si quisiera decir: mirad, es real, esa figura esbelta, alta, ese garbo, la elegancia de sus extremidades. Esa forma de inclinar y volver la bella cabeza enmarcada por el corto cabello rizado es real; esa forma de levantar, bajar y agitar esos brazos y manos, la mirada directa en los ojos, como terciopelo gris verdoso, son reales. Sí, mirad y escuchad: esa voz aguda, esa risa cantarina son reales. Todo ello es real, pertenece a esa criatura maravillosa. Y ella me pertenece a mí.

Todo el que conocía a Joachim Saalberg se daba cuenta de que observaba a Helen con orgullo de propietario. Pocos se habían percatado de que la cuidaba como a una figurita cara de porcelana que uno coloca en una vitrina no para evitar que la miren otros, sino más bien para que no la toquen. Sus ojos claros, ligeramente saltones, a veces la contemplaban con una extraña expresión

en la que se entremezclaban sabiduría y sufrimiento, como si sólo él supiera calcular su valor.

Nadie sospechaba el precio que había pagado por su presencia.

A la propia Helen con frecuencia le cohibía esta admiración, pero sólo empezó a incomodarle en los últimos meses de vida de él. Bajo la exigencia de que siempre estuviese cerca de él, por primera vez había sentido un temor inusitado, como una corriente subterránea de necesidad y miedo que iba socavando la fortaleza de la seguridad que tenía en sí mismo.

Ella no había sido capaz de preguntarle. Con él nunca había compartido miedos o deseos, entre ellos se alzaba una barrera de silencio que era como de frío y sutil cristal, tras el cual cada uno tenía que apañárselas solo.

Él lo quiso así en un principio, y después ya no pudo cambiarlo, pues Helen se acostumbró a vivir de esa manera.

Naturalmente había envejecido con él. Lo que les ocurría a todos también le había ocurrido a ella: su cabello corto y oscuro ya lucía mechones plateados, la tez del delgado rostro había perdido luminosidad, se tensaba sobre la nariz, ligeramente aguileña, y sus rasgos estaban surcados de arrugas. Pero nada de ello contaba para Joachim Saalberg. «Sólo los tontos luchan contra la edad», decía. «Los cambios externos no son ningún menoscabo, sino tan sólo el reflejo de la existencia.» Admiraba abiertamente que Helen siguiera siendo esbelta, sus movimientos ágiles y elegantes, su mirada brillante, su inteligencia rápida y dinámica. Hasta en sus últimos minutos de vida le enardeció la certeza de tenerla a su lado, para él solo. Únicamente la había compartido con las sombras, que a lo largo de los años habían aumentado de tamaño y se habían vuelto más importunas.

Perdió la cuenta del tiempo que pasaba Helen en el jardín, la mano derecha tras la cabeza, las piernas cruzadas. Ella contemplaba la casa recortada contra el nítido cielo nocturno: el cubo espacioso de una sola planta, color albaricoque; con las altas ventanas con peinazos pintados de blanco, bajo un tejado de angulosas tejas

planas color rojo claro. Parecía propia del sur, rodeada de pinos altos y voluminosos y de pinos piñoneros. El viento de la tarde era frío y portaba el estival perfume de pinos, rosas y tierra mu-llida, portaba imágenes, palabras y voces.

Apareció tan repentinamente como la tormenta de la tarde, esa voz grave, que creía olvidada hacía tiempo, cercana y estimulante.

—¿Conoces la casa?

—Sí.

—¿Y? ¿Te gusta?

—Es preciosa.

—Ahí viviremos. Es mía. —La arena blanca se escurría entre sus dedos y había formado en las manos de ella un pequeño mon-tículo que aumentaba y se deshacía a un tiempo—. El próximo verano habrá acabado la guerra, y en otoño arrancaré las rosas ro-sas de delante de la terraza. Contigo.

—Suenas violento. —Apartó la mirada del decreciente montón de arena para mirarlo a él.

Helen se retrepó en el alto sillón de mimbre y vio los ojos gris verdoso, riendo.

—Violento no, sólo intransigente, cuando se trata de belleza.

Miró la casa como embobada, la vio bajo los pinos, como él la describiera antaño: radiante con todos los colores de las rosas que habían plantado juntos.

Otra vez es verano, pensó, asombrada por el dolor que seguía sintiendo después de tantos años. Los días son tan claros y cálidos como entonces, en el verano de 1942. Se abandonó a los re-cuerdos que había arrinconado para protegerse.

Ya había oscurecido cuando creyó percibir un olor a papel que-mado en el aire nocturno. Intranquila, entró corriendo en la casa, encendió la luz de su habitación y atravesó a oscuras el salón ha-cia el despacho de su marido.

La lámpara del escritorio arrojaba un haz de luz sobre el periódico abierto. En la chimenea había papel, aún ardiendo en parte y humeando. Delante de la caja fuerte, que por regla general estaba cerrada y oculta por una estantería deslizante, en el rincón más oscuro de la estancia, yacía Joachim Saalberg. Contraído, el rostro apoyado en el suelo, la mano derecha bajo el cuerpo, aferrada a un papel.

Helen llamó al médico de inmediato, pero la ayuda llegó demasiado tarde. Joachim Saalberg había muerto.

Las grandes limusinas de los asistentes al funeral rodeaban la pequeña loma donde se alzaba la iglesia en Kirchrode. Parece un asedio, pensó Helen antes de entrar en la iglesia: una escuadra de oscuros reptiles cercando el campanario, que descollaba entre los árboles.

Se levantó un viento que movió cauteloso las indolentes hojas de los árboles del cementerio y envió una corriente de aire apenas perceptible a través del enorme portal de la pequeña iglesia barroca. Las exequias no habían empezado aún; la puerta, guarnecida de hierro, estaba abierta de par en par, los asistentes que llegaban tarde se dirigían hacia ella a buen paso, en silencio. Un motor se puso en marcha, un coche pesado, color antracita, que poco antes estaba aparcado, salió a duras penas del angosto hueco que ocupaba y enfiló la estrecha carretera bajo la atenta mirada de algunos conductores que se hallaban juntos a la sombra de los viejos árboles. El vehículo bajó por la Ostfeldstrasse y torció a la derecha en el último tramo. Al llegar a la entrada de la propiedad de los Saalberg, que se encontraba abierta, se detuvo ante la gran casa.

En el lado este de la construcción, con vistas a la explanada asfaltada, se hallaba la cocina de la casa. En ella Gisela Matthes, el ama de llaves, mantenía una prolongada conversación telefónica en la cual, pese a las continuas alusiones a que el tiempo apremiaba, exponía con todo lujo de detalle la repentina muerte de

su jefe, los costosos preparativos del entierro, el presunto gasto del lujoso ataúd de caoba, la ropa del luto, los distintos estados de ánimo y las complicadas relaciones familiares de los Saalberg. Mientras tanto miraba por la ventana, observaba el gato atigrado de la casa vecina, que se paseaba por la explanada con actitud expectante, y arrancaba hojas amarillas de las macetas de geranios jóvenes que quedaban a su alcance en la repisa de la ventana. Cuando vio llegar el coche puso fin a la conversación y esperó a oír el estridente ruido del viejo timbre.

En el espejo del pasillo de la cocina comprobó un instante, satisfecha, el estado de su permanente y se alisó el blanco delantal que cubría su redondeada figura.

Ante la puerta de la casa se hallaba el enjuto conductor del abogado Riesst, amigo de la familia. El hombre le pidió de prisa y corriendo que le hiciera un favor, dijo que tendría que haber entregado la carta que llevaba en la mano antes de las honras fúnebres, es más, para ser sincero, debería haberlo hecho a primera hora de la mañana.

—En cualquier caso tenía que recibirla la señora Saalberg en persona, señora Matthes. No sé cómo he podido olvidarlo. Y menos aún cómo se lo voy a explicar a mi jefe.

—No se preocupe, yo me encargo. Démela. Venga a la cocina a beber algo.

Dejó la carta, delante del hombre, en un pequeño estante que había sobre el teléfono de pared, sin leer lo que ponía el sobre. No quería parecer curiosa.

—Nunca olvido lo que dejo en ese estante. Puede contar con ello, señor Walter —aseguró Gisela Matthes, y abrió una botella de agua con burbujas que salpicó la chaqueta gris perla del conductor—. Con este calor todo se altera —comentó, sacudiendo la cabeza.

En ese mismo instante Paul Saalberg se dirigía a la iglesia a una velocidad excesiva, y a punto estuvo de chocar contra una furgoneta de correos. Era evidente que el empleado buscaba el número

de una casa. Adelantar estaba prohibido, y el tráfico que circulaba en sentido contrario era demasiado denso para infringir la prohibición. Tampoco valía la pena echar pestes de ese nuevo obstáculo, pues a pocos metros por delante descubrió un hueco, aparcó y escuchó aliviado que las campanas todavía sonaban.

En ese mismo instante una vieja furgoneta Volkswagen color amarillo servicio postal dejaba la autopista en un barrio septentrional de Hanover. Siguió los indicadores, que lo llevaron hasta el hospital por una autovía de cuatro carriles que discurría entre un paisaje llano donde se erguían nuevas edificaciones. La furgoneta subió la pronunciada rampa de entrada y redujo la velocidad delante de Urgencias, si bien sólo se detuvo, con el motor en marcha, ante la entrada principal del centro. El traqueteo del escape del vehículo acalló con facilidad el ruido de un helicóptero de salvamento que levantaba el vuelo. Seis taxistas que, bajo el calor del mediodía, esperaban apáticos al próximo cliente con las puertas abiertas se asustaron.

Ante sus ojos se abrió la puerta corrediza de la furgoneta. Del recalentado vehículo salió dando un amplio salto un gran perro manchado blanco y marrón. Las puertas de los taxis se cerraron de golpe y unas miradas recelosas siguieron al animal en sus olisqueos. El conductor del cuarto vehículo vio, mientras soltaba una imprecación en voz baja, que el perro alzaba la pata junto a su impecable coche. Ante la rueda delantera izquierda se formó un charco de considerables dimensiones, del que nacieron pequeños regueros que, encauzados por las irregularidades del asfalto al rojo, siguieron la pendiente de la carretera y desaparecieron bajo el vehículo.

Dos pequeños niños rubios vestidos con vistosos bañadores salieron detrás del perro e intentaron cogerlo mientras lo llamaban a voz en grito. Al cabo de unos segundos el conductor de la furgoneta soltó un silbido por la ventanilla bajada mientras se recogía el cabello, que le llegaba por los hombros, en una coleta con

una goma, y perro y niños volvieron, la puerta corrediza se cerró, los brazos de los niños se agitaron y unas voces infantiles chillaron por la ventanilla abierta, aunque no lograron imponerse al ensordecedor ruido del averiado tubo de escape. La furgoneta arrancó.

Una mujer muy joven y de elevada estatura, enfundada en unos vaqueros azul claro y una camiseta blanca, se quedó. A excepción de unos mechones, llevaba el cabello, castaño oscuro, peinado hacia atrás y recogido en la nuca con un pasador. Aparte de un bolso de piel marrón oscuro no tenía más consigo. Les dijo adiós a los niños hasta que el vehículo hubo descendido la rampa de bajada, consultó brevemente el reloj de plástico verde esmeralda que lucía en la muñeca izquierda y cruzó deprisa las puertas automáticas hacia Información, en el vestíbulo del hospital. El amable conserje al que abordó vio un rostro ligeramente bronceado en el que llamaban especialmente la atención, sobre unos pómulos marcados, unos ojos grandes y brillantes. El hombre le hizo varias preguntas, bromeando, como si quisiera que los ojos y los labios de la chica no dejaran de moverse, y finalmente anotó la información solicitada en una hoja sin apartar la vista de ella. Ésta le dio las gracias, risueña, y se metió el papel en el bolsillo derecho del pantalón. Antes de que desapareciera entre la multitud que se dirigía a los ascensores, él observó que la chica se detenía ante un reloj de pared, lo consultaba y ponía en hora el suyo.

15.25. Viernes, 22 de junio de 1990. Vigésimoquinta semana.
Charly Tuchmann buscaba a su hermana.

Paul Saalberg permaneció unos segundos en la puerta, entre el campanario y la nave, se quitó despacio las gafas de sol y comprobó aliviado que el funeral no había empezado aún.

La iglesia era fresca, y la mortecina luz se agradecía después del trayecto en coche. Paul, con la cabeza como un bombo, constató que todos los bancos estaban llenos. En los pasillos había gente

de pie que ya no tenía sitio, hablaba en voz baja entre sí y buscaba rápidamente con la mirada conocidos a los que poder saludar discretamente. Sobre el gentío vestido de negro se cernía el denso aroma de un sinfín de lirios reales que adornaban el resplandeciente ataúd de caoba, que Gisela Matthes comparara por teléfono con una valiosa cómoda digna de verdadera lástima. Lirios blancos, mezclados con rosas rojas, llenaban jarrones de pie y vasijas panzudas de plata repujada sobre el blanco altar barroco. Candeleros de pie de latón acogían altas velas cuyo olor se fundía con la fragancia de los lirios y las rosas y el delicado aroma de perfume caro y costosa loción para después del afeitado.

No tenía en mente unas exequias familiares, pensó Paul, sino un acontecimiento social. De esa misma manera celebraba sus grandes cumpleaños: son sus colores, sus flores preferidas, la valiosa caoba, las velas perfumadas y la gente bien para acompañarlo al más allá. Imaginó esta escena hasta el último detalle.

Paul sonrió a algunos conocidos y después decidió ir hacia el altar mayor por el pasillo derecho, junto a los bancos centrales. Permaneció unos segundos ante el altar, bajó la cabeza delante del féretro de su padre, miró brevemente la multitud de rostros de familiares curiosos y, tras saludar a su madre, tomó asiento a su lado.

El lugar del funeral, el prelude de Bach, los himnos, el sermón: su padre lo había especificado todo en las disposiciones testamentarias, la primera de las cuales se leyó en presencia de Paul y Helen Saalberg el día siguiente a su fallecimiento.

Los asistentes no se reunirían en la capilla del cementerio, como era habitual, sino en la amada iglesia de Joachim Saalberg, en la que fue bautizado, recibió la confirmación y contrajo matrimonio.

El órgano entonó *Alabemos al Señor* y Paul coreó mecánicamente el himno que se cantaba en todas las celebraciones religiosas de los Saalberg. No siento nada, pensó. Ni dolor ni emoción. Nada. Quizá tenga que ver con la perfección que ha creado

incluso desde el sarcófago. Habría podido dictar también los sentimientos de rigor. A Paul no le habría extrañado.

Echó un breve vistazo a sus sobrinos. Cantaban ruidosamente, en su opinión, atacaban con brío y fervor el conocido himno. Sentados allí, juntos, transmitían una curiosa armonía.

La distribución de los asientos en el funeral también la había determinado su padre: «Helen y Paul en el centro del primer banco; a su derecha Georg con su esposa, Caren; a la izquierda Rosa y su esposo, Wolf Farnheimer. El segundo banco lo ocuparán mis cuatro nietos en su debido orden. Arndt y Michael Saalberg, Rudolf y Wolfgang Farnheimer».

Demonios, se dijo Paul. Si hasta han conseguido que Michi se ponga un traje negro.

Después de hacer la confirmación Michi Saalberg juró llevar vaqueros todos los días y en todas las ocasiones hasta la selectividad. Dicha decisión pubescente ocasionó broncas familiares en casa de su padre y su abuelo durante tres años.

A Paul el comportamiento de la familia se le antojaba extravagante, y le vinieron a la memoria las frases de las disposiciones de su padre que hacían referencia a Michi:

«En el caso de que mi nieto Michael Saalberg insista en presentarse en mi entierro vestido con ropa de calle será exhortado con encarecimiento a no tomar parte en los solemnes actos de la iglesia y el cementerio. No obstante lo echaría en falta».

Una verdadera lástima que Michi no se haya mantenido firme, pensó Paul. ¿Quién habría logrado convencerlo? Observó brevemente el perfil de su madre, que en ese preciso momento se llevaba la mano izquierda a la oreja y hacía girar el pendiente aparentemente sin querer. Esa mano larga y estrecha, la esmeralda, el movimiento del índice y el pulgar: todo ello muy familiar y que tan sólo era indicativo de que en el último segundo había apretado demasiado el pendiente. En ese instante Paul se libró de la sensación de estar rodeado de personas afectadas y extrañas, escuchó con nitidez la clara voz de Helen, que cantaba el himno con la misma convicción de siempre.